



TRADUCCIONES

Fermentario N. 8, Vol. 2 (2014)
ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

El agotamiento del ventrílocuo. Afasia democrática y vocalidad anárquica*

Salvo Vaccaro¹

L'épuisé épulse tout le possible. [...]
Il s'épuise en épuisant le possible, et inversement.
(El agotado agota todo el posible [...] Él se agota al agotar lo posible, y también lo inverso.)
Gilles Deleuze, *L'épuisé (El agotado)*

Los múltiples signos de aliento de los regímenes democráticos se hacen cada vez más evidentes en su convergencia diagnóstica, si bien carente, al menos por ahora, de una terapia coherente de revitalización.

Sobre el plano planetario, surge una hiperpotencia que se establecerá virtualmente en la segunda mitad de este siglo, cuyo régimen político se ofrece, a quienes lo quieran y estén interesados en emularlo, con una baja dosis de democraticidad tanto de su *ethos*, como de sus instituciones políticas (desde el partido único a la censura de estado de la comunicación) Esto no debe sorprender, consideradas las maneras a través de las cuales, en los siglos pasados y en este pequeñísimo planeta, las razones del capital han sido valorizadas por regímenes políticos liberales primero y liberal-democráticos después, que eufemísticamente han puesto en segundo plano

* Traducción del italiano por María José Gomes; revisión técnica de Sílvia Gallo.

¹ Università di Palermo, Italia

aquellos derechos de libertad, aquellas prácticas de igualdad, aquella fuerza deliberativa que nos envía literalmente la democracia, ya sea sobre el eje interno o externo.²

Por otra parte, la exportación violenta del modelo de democracia, prescindiendo de la construcción paciente en el tiempo de estado de derecho (que para nuestra experiencia hay antecedentes), ha producido su realización esquelética en prótesis electorales, desde las dudas más inciertas e improbables hasta el efectivo suceso del esperado trasplante, embarcado a lo largo de un atajo mágico, además, a la culpable oscuridad del conocimiento de los datos culturales de hecho, donde aquella democracia debía radicarse. El rechazo no es una maldición desafortunada, sino frecuentemente el resultado más coherente.

Sobre un plano macroregional, la gobernancia europea parece haber llevado al límite su particular conjugación de déficit de legitimidad democrática y eficacia centralizada de una serie de funciones de gobierno de la unión (incluso en lo monetario) concedidos formalmente a los parlamentos soberanos de los miembros. La pérdida de estas concesiones está en el origen de las insatisfacciones y tensiones antieuropeístas, que llevan a los pueblos soberanos a lugares cada vez más divergentes de los input de Bruselas. La ausencia de un *demos* territorialmente homogéneo a la luz de la eficacia de la Unión Europea, perjudica la búsqueda de simetría entre legitimidad para gobernar y disponibilidad para obedecer, otorgada por el poder de controlar, que debería ser reforzado por el conteo electoral, mientras que la sensación difundida es que el nivel de cosmopolitismo accesible, ya sea a nivel global o regional (los beneficios de Schengen para una buena parte de los ciudadanos europeos, por ejemplo), produce cuerpos que *no* cuentan y *no* controlan nada.³

En el interior de cada régimen, el desapego cultural entre la élite política y las clases sociales, separadas en distintas fases y casos por una caída del bienestar que había sido construido en los decenios pasados, conduce a una peligrosa despreocupación hacia la cosa pública así siempre más expuesta a la captura por parte de actores privados, no elegidos, que muchas veces se mantienen al margen de la legalidad, o que incluso son ilegales o criminales. Esto es favorecido por la *elisión* de la forma-partido⁴, siempre menos participativo y cada vez más visto como medio de consensos electorales para ser utilizados *pro domo propria*, en el sentido literal de los usuarios que toman partido de la despolitización, promovida por el mismo sistema democrático de masas. A la par del modelo trans-atlántico hegemónico del siglo XX, los partidos se han ido reduciendo cada vez más a máquinas productoras de estrategias de marketing que tienen como albo el voto de los ciudadanos que son llevados, o que van por propia voluntad a las urnas, utilizando artimañas, trucos de horros, o trueques al borde del código penal, para presentar un programa político desastroso, más adecuado a las preferencias de consumo del electorado que pomposamente se define como soberano. Es el triunfo de lo que se define como "la política de las encuestas".⁵

La disolución insuficiente del triángulo-control de cuerpos, flujos y territorios- desarma el Leviatán posmoderno o posdemocrático de frente a un hundimiento desde lo alto y lo bajo de sus funciones de gobierno en la sociedad. La apariencia de impotencia alimenta, a su vez, determinadas tendencias de acuerdo al corrimiento de los lugares de decisión reales, además de

² Slavoj Žižek, *Dalla democrazia alla violenza divina*, in Aa. Vv., *In che stato è la democrazia?*, trad. it. Nottetempo, Roma, 2010, pp. 155-187. Cfr. altresì Domenico Losurdo, *Controstoria del liberalismo*, Laterza, Bari, 2005; Ranajit Guha, *Dominance without Hegemony*, Harvard U. P., Cambridge, 1997.

³ Cfr. Stefano Petrucciani, *Democrazia nella globalizzazione. Una agenda di problemi*, in Virginio Marzocchi, Stefano Petrucciani (a cura di), *Democrazia e diritti nell'età globale*, Manifestolibri, Roma, 2004, in particolare p. 30.

⁴ Colin Crouch, *Postdemocrazia*, trad. it. Laterza, Bari, 2003, pp. 81-82.

⁵ Jean-Luc Nancy, *Verità della democrazia*, trad. it. Cronopio, Napoli, 2009, p. 24.

formales, en manos de instancias personales y no colectivas, favorecidas por el proceso mediático de individuación del estilo político corriente representado sobre el formato de una competencia electoral permanente. Pero además, no se sobrevalora la asincronía temporal de la política, incluso al entrecruzarse de un modo u otro algunos eventos históricos cuya solución es urgente y pretende una respuesta casi siempre conducida de manera emergente (se diría que incluso en presencia de factores endémicos...) lo que favorece la individualización de quien decide último en detrimento del proceso colectivo de deliberación. En este cuadro, muy lejos de la extinción, el estado en vías de ser redimensionado “deviene cada vez con más frecuencia el sujeto (...) que es llamado a monitorear la implementación (...) de los valores y principios dictados” por las reglas globales.⁶

Aquello que se llama *governance* representa una ruptura con respecto a los tipos de gobierno territoriales, pero no la abdicación a la pragmática de gobierno de la sociedad y de sus conflictos. Las transformaciones entrecruzadas, por vía de un deslizamiento anormal de la escalera, no deben retirarnos la mirada del efecto estratégico de gubernamentalizar aquello que el poder político por excelencia-el estado soberano-no se encuentra en situación de desarrollar, sino a riesgo de su disolución (*failing or failed states*, subdesarrollo, guerra intestina endémica y permanente, naciones no certificadas)

En una esfera de *governance*, todo lo que suena *politics* se transforma en *policy*: no es exactamente una neutralización del conflicto, sino más que nada su elisión (no solo simbólica) a través de la regularización administrativa que se le disputa a los organismos técnicos, substraídos al control democrático *tout court* o ligados de manera muy débil a una cadena de reenvíos entre niveles diversificados, algunos de los cuales son reconducidos a cualquier representación política. Tal predominio de las *policies* es legible en la práctica discursiva de la *governance*, o sea en una red de normas, reglamentos, buenas prácticas, reportes y análisis que narran la estrategia de un nuevo gobierno de la realidad, perdiendo al mismo tiempo las razones fuertes por las que esas normas, esos reglamentos, esas prácticas, esos reportes, esos análisis, y no otros, como por casualidad deliberados, deben ser asumidas por una serie heterogénea de sujetos decisivos cuya multiplicidad hace desvanecer la reconducción de la decisión misma a una fuente de autoridad legítima.

Tendencialmente la salida es la desclasificación de cada requisito de legitimidad formal del poder político, o sea *ex ante*, por tenues subrogaciones *ex post* que obedecen a criterios funcionales de eficacia y de prestación de obra, como nos recordaba Niklas Luhmann en tiempo real. Una actividad plural e participada, también *bottom up*, de gobierno no soberano, va instalándose demoliendo, paradójicamente en nombre de la participación extendida, los principios del orden democrático. La despolitización operada por la *governance* asume la figuración reticular rizomática en cuyo territorio y población son pasados y frustrados, en cuanto estructuras cardinales de las democracias. Es cómplice la nebulosa trama de una nacionalidad suspendida entre sentimiento y pertenencia, la feroz dialéctica del reconocimiento, agitada por otra parte, como premio inclusivo/exclusivo, establece las condiciones para que el pueblo de la *governance* no sea uno de los protagonistas del quehacer político, sino, en la mejor de las hipótesis, uno de los participantes, uno de los grupos beneficiarios, siempre adaptable en función de quien carga le *issues* en la agenda *setting* de la política (lobbies, grupos varios, medios de comunicación, tácticas de escucha y de visibilidad).

⁶ Mauro Bussani, *Mercati finanziari e democrazia reale*, in *A che serve la democrazia?*, “Limes”, n. 2, 2012, p. 249.

A fuerza de desustancializar la praxis democrática e hacer procedentes sus formas, se evidencia la abstracción más indeterminada del pueblo soberano, que no influya cuando es convocado en su rol principal de cuerpo electoral, no mayormente pesado en su composición nacional se no en negativo, en la prueba del desglose de descomposición, reducido a una multitud fragmentada e intercambiable que, según los casos y las ocasiones, entra y sale, desde las *sliding doors* de la fungibilidad de *governance* en base a los grumos depositados en el agotamiento del conflicto al cual le presta voz y cuerpo. Aquí emerge una práctica de revertida singularidad: una élite gobernante, en sentido amplio y laxo, que se sustrae a una doble captura soberana del individuo disciplinado y sujetado, así como la captura biopolítica de una población reglamentada y guiada por las prácticas gubernamentales. Asistimos estupefactos – pero no demasiado dada la notoriedad de la astucia del dominio en grado de insinuarse y disimularse detrás de cualquier máscara, por lo tanto en cada persona- al vuelco en negativo de la trama nómada y resistente que caracteriza el pensamiento radical por la convención del '68. Desterritorialización, flujos nómades, singularidades transindividuales emergentes, son canalizados en ejes de corrimiento de prótesis reforzando las prácticas de *governance*, con buena paz de quien proyectaba en esos, ideológicamente o auspiciosamente poco importa, los brotes de una democracia que está por venir.

Sería más que simple, además de correcto, dar un único nombre a esta breve y sintética fenomenología del presente: globalización. Si de ella tomamos ya sea con una mirada global las diversas articulaciones (culturales, tecnológicas, económicas, comunicativas, etno-sociales, geopolíticas), podríamos individualizar una ruptura material, más que simbólica, en la junción geofilosófica que unía “el-estar-juntos-en el- mundo”⁷ a una precisa colocación territorial, allá donde hoy esta está subvertida ya sea por una élite global que reside más en los aeropuertos y en otros no-lugares que en un lugar propio, habiendo dilatado las oportunidades de ocupación adecuadas en direcciones poliédricas; ya sea por una porción, quizá ahora no significativa, de los últimos del planeta que desesperadamente está en búsqueda de un camino de fuga de las guerras, miserias, muertes precoces, etc., teniendo como horizonte “ el dorado” un espacio impermeable para acceder, hacia el cual dirigirse o contra el cual guiarse modificando solo en parte la desesperación privada de toda esperanza; ya sea por una generación que hace de lo virtual un camino paralelo tan real como el mundano, con indistinción entre *first* y *second life* para valorizar e invertir en el futuro.

Al transformar en líquidos los lazos sociales territorialmente radicados, se mina la extensión política en su empresa mundana de suceder al teológico como una forma de dar a la existencia colectiva, como un terreno de composición entre lo singular y lo múltiple, como una matriz de oportunidades, para que las esperanzas de biografías individuales converjan de manera plural en aquel mosaico coordinado y común al que llamamos con el nombre de sociedad. El infinito conflicto que anima esas diversas opciones, es privado del *ubi consistam* : las sociedades se disgregan cada vez más en pedazos anónimos, la política pierde terreno, literalmente, frente a otros lazos simbólicos, la degradación cultural y moral de enteros poblados pone a prueba la convivencia pacífica. En un único término, se disuelve cada *demos* posible, e la *crazia* toma el peso que había perdido cuando había intentado, sin lograrlo del todo, desvincularse de los miles espirales de la *archia*.⁸

Hablamos de efectos, de síntomas, legibles a partir de diferentes fallas de la democracia, comprendido el excesivo recurso a la juridización de las cortes a nivel nacional e internacional, que sustituye la elección política con la aplicación pretendida de la ley, mientras no se da cuenta de

⁷ Jean-Luc Nancy, *Verità della democrazia*, cit., p. 68.

⁸ Jean-Luc Nancy, *Democrazia finita e infinita*, in *In che stato è la democrazia?*, cit., p. 104.

cuánto es aplicada la norma del caso a caso (desde el excepcionalismo seguro al emergencialismo en todos los planos, desde la legislación de favor a la exclusión preventiva del acceso a las cortes por parte de los sin título). El peligro no parece ser el de un vulnus a la soberanía popular dictado por un poder no electivo, a quien le es disputado el control de legalidad abstraído a las mayorías de turno (como parecen creer increíblemente Berlusconi y Wendy Brown),⁹ cuanto el fin de un discurso político que hace de las elecciones políticamente meditadas, la individuación de un espacio de construcción de socialización, de invención de la democracia (Lefort) que por definición se niega a la *governance* de los tribunales (algunas veces incluso privatizados, como en las prácticas arbitradas en el ámbito del derecho comercial internacional, también en seno Wto), cuya voz aséptica, metálica del dispositivo sentencial es la antítesis del conflicto agudo entre voces divergentes en busca de la afirmación plural, en busca de soluciones por definición provisionarias y contingentes, o sea ni lógica, ni coercitivamente normativas.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero es el momento de abstraer desde la lectura fenomenológica por adentrarse cautelosamente hacia un nivel productivo de la afasia democrática. Es pertinente preguntarse si la procesión paralela de la democracia y del capitalismo, es solo una coincidencia histórica, sin alguna valencia teórico-política, y si además alcanzó en un cierto sentido a la terminal. Primeramente como un estado de derecho liberal y luego como estado democrático, la institución suprema de la política occidental en la era moderna se ha caracterizado, al menos en su articulación anglosajona, como la forma política del capitalismo, exaltada al diapasón con los gloriosos treinta años del segundo posguerra, allá donde la superación de la pareja democracia-capitalismo hegemonizado por el imperialismo colonial signado por la Unión Jack, ha regulado férreamente, este vez hegemonizado bajo la marca de la cooperación internacional con estrellas y líneas, la convergencia paralela entre régimen democrático y capitalismo real: una disyunción conjuntiva, para jugar con una terminología francesa específica.

En el plano teórico, esto ha significado la oferta de sentido por parte de la modernidad en dirección:

- De una despolitización de masa, dirigida hacia una satisfacción individual en el consumismo como metamorfosis cuantitativa del propósito de felicidad.
- De una neutralización de tipo procedural de los planos de vida, perseguibles singularmente pero coercitivamente privados de un sentido plural en cuanto portadores de una fractura sustantiva insoportable por la forma política del capitalismo regulado por estatuto.
- De una primacía simbólica y estratégica de la apropiación del mundo, tutelada por el principio lockeano de la propiedad como signo de un destino ontológico ligado al ser en cuanto tal, conseguible ya sea en términos privativos como en términos colectivos (público o socialista real poco importa)

Un garante de la seguridad, sobre el lado interno y externo, de tal diagrama instituido era el estado democrático, puesto como axioma universal de la gramática política y como criterio regulador para la aceptación de *new comers*, gracias a la disolución de los imperios coloniales impuesto por los Estados Unidos, como signo de la victoria aliada, y con mayor razón el día después de la caída del muro de Berlín. Que después los derechos humanos no fueran respetados, aun siendo proclamados universalmente, quizá justo por el primero del nuevo orden internacional, representa el eje lunático de la narración hegemónica, en la que la democracia se reduce al *passepertout* de

⁹ Wendy Brown, *Oggi siamo tutti democratici...*, in *In che stato è la democrazia?*, cit., p. 78.

las mil formas,¹⁰ entre las cuales cuenta también un cierto tipo de régimen político, sobre todo centrado en el procedimiento electoral como un nuevo mantra de recambio del mercado planetario donde exportarla *tout court*.

La cuestión político-ecológica le ha dado los primeros golpes a tal diagrama, rompiendo la ecuación cuantitativa entre acumulación de bienes y servicios y acumulación de felicidad individual y colectiva, no solo para el regreso de un pedido de calidad de la vida no coincidente para nada con la cantidad, pero que por el desequilibrio de igualdad en el mundo por eso que tiene que ver con el acceso equivalente a los recursos y a las oportunidades disponibles en el planeta por sus 7 millones de habitantes.

La nueva toma de un discurso post-secular le ha acertado un segundo golpe a tal diagrama, ahora que la formalidad procedural que pretende garantizar la anestesia del conflicto sobre opciones parciales de vida colectiva válidas para todos, ha fallado en su intento revelándose por su propia vacuidad. El resurgimiento de la religión cual recurso de movilidad y de repolitización planetaria, al frente de las inequidades garantidas por el principio de equivalencia general de la política, esto es el cognado democracia-capitalismo, hace salir a la luz del tenebroso oscurantismo la falacia de un método de neutralización del conflicto en su dislocación competitiva sobre el plano de las instituciones representativas que no corresponde más a la búsqueda de un sentido cumplido ofrecido por las opciones completas de la vida colectiva. La respuesta para reacciones de signo religioso testimonia la insuficiencia de una vía formal para la conexión del tejido social en era irreversiblemente plural, obligándonos a repensar, por un lado, la capacidad de construcción de sentido legible y comprensible por la mayoría en el interior de una dimensión política y no teológica, reivindicando la autonomía y la suficiencia productiva de frente a la pretensión religiosa post-secular, aceptada además por un Habermas, de garantizar aquel surplus cualitativo de sentido trascendente que aquel cognado democracia-capitalismo parece no poder más dar; y obligándonos a repensar, por otra parte, una disposición del conflicto, huérfana de supuestos procedimientos neutros, que asuma la pluralidad irreductible de visiones de la sociedad sin apilarlos jerárquicamente en forma de hipostatizar un público vinculante por parte de todos.¹¹

Esta hipótesis de búsqueda entrecruza, además, también el tercer asalto al diagrama de la modernidad que fue delineado arriba sucintamente, o sea la elaboración teórica de un radicalismo del mundo ya no signado por la marca de apropiación propietaria (expresión redundante, cierto, pero que tiene la calidad, a mi parecer, de restituir un movimiento de captura que perdemos cuando utilizamos un lenguaje ligado a la ontología del ser ya sea como sujeto o como predicado). Repensar el uso temporal y contingente de nuestra presencia indeleble en el mundo, repensarnos usuarios responsables del bien a nuestro beneficio y de las futuras generaciones, significaría poner drásticamente en discusión los institutos jurídicos y filosóficos de nuestro pensamiento, como también dirigidos por diversas áreas críticas, no siempre comunicantes, como por ejemplo las teorías de la donación, de lo común, de la ecología social.

Resumiendo, las múltiples punciones del diagrama de lo moderno, registrada desde hace treinta años por una cierta radicalidad post-moderna, las polémicas netas a veces con pretextos, a veces fuera del albo, delinea la caída tendencial del cognado democracia-capitalismo que algunos autores ya rubrican bajo el lema “post-democracia”. Retomando una interrogación esbozada,

¹⁰ Cfr. Jean-Luc Nancy, *Verità della democrazia*, cit.; Wendy Brown, *La politica fuori dalla storia*, trad. it. Laterza, Bari, 2012; Wendy Brown, *Stati murati, sovranità in declino*, trad. it. Laterza, Bari, 2013.

¹¹ He intentado tematizar tales nodos teóricos en Salvo Vaccaro, *Il senso laico. Immanenza e contingenza contro teologia politica*, in Giorgio Palumbo (a cura di), *Custodire la laicità nel tempo del pluralismo*, Franco Angeli, Milano, 2009, pp. 77-88.

deberíamos predisponernos a leer analíticamente si la forma política de la post-democracia emerge porque nos encontramos en un cierto sentido ya en el interior de un post-capitalismo que reconjuga diversamente el dispositivo moderno además de su caída. Y viceversa, si las oportunidades ofrecidas a las transformaciones del principio de equivalencia general del dinero en el mercado viral de los intercambios financieros y de la producción de dinero por medio de dinero (además de los intercambios de mercaderías y servicios) en el interior del paradigma post-capitalista en dirección a una máxima abstracción y rarefacción puedan darse gracias a la pérdida de la democracia traspasada en los regímenes de la post-democracia. Además, como señala cada prefijo post-, en el sentido de sucesivo y póstumo, cuyos efectos se destacan por discontinuidad y continuidad, por disyunción conjuntiva, siempre para jugar con una terminología francesa, pero según concatenaciones por otra forma fabricadas.

Fue Foucault quien nos narró el declive de un estado improductivo en cuanto a su tanatopolítica para reorientarse hacia una biopolítica gubernamental que declina aquel “dejar hacer, dejar pasar” de la economía de mercado liberal en el políticamente más productivo “dejar vivir”. En el interior de una grilla analítica de los cursos en el *Collège de France*, de hecho, encuentra contras la convergencia paralela de los dos paradigmas del poder político: aquel soberano y aquel gubernamental que en la biopolítica de la seguridad alcanzan un punto de equilibrio entre fuerzas de mercado y fuerzas políticas. Es en la seguridad que el individuo y la población se dejan capturar por la biopolítica: vida y seguridad constituyen así un dispositivo transitivo entre la disciplina micropolítica y el control macropolítico. Mercado y estatismo, incluso en sus recíprocas fricciones, configuran por lo tanto una forma precisa de vida, cuyas recíprocas eficiencias concurren a una sujeción aún más profunda y articulada produciendo en una vía aparte aquel cúmulo en suma negativo, por así decir, libertad-seguridad que en Hobbes podía en cambio darse bajo la forma mítica del intercambio. En otras palabras, menor seguridad y menor libertad, a medida que la producción de inseguridad y de no libertad se conjugaban en la epopeya del liberalismo clásico, no como incidente de la historia, sino como interdicho, lo indecible de la historia, de otra manera inexplicable en el declinarse al mismo tiempo de libertades burgueses y no libertades raciales (dentro y sobre todo fuera de los confines nacionales y estatales).

La coexistencia incoherente de estado nacional territorial y estado desterritorializado imperial bajo la bandera común del liberalismo exalta la función biopolítica tanto del estado soberano, heredero del proceso de conferencia de legitimidad al poder de la violencia limpiándose la sangre versada, cuanto de la gubernamentalidad racial que conjuga la tecnología destructiva de la fuerza de las armas con el derecho asépticamente positivizado en una esfera procedural privada de una justicia sustancial. Comienza así el largo recorrido, no concluido hoy en día, de la neutralización de los conflictos a través de su exteriorización y su metamorfosis en un gran desacuerdo debido a tal despolitización. El ajuste de una biopolítica que es segura, a escala siempre menos territorial, traduce el ocaso de la política de predominio de una sociedad ya no más dominada por el poder, sino simplemente administrada como ya bien sabían los adeptos de la Escuela de Frankfurt, con una paz buena, de la utopía marxista.

En tiempo real respecto a las fases insurgentes de tal pasaje paradigmático de época, Foucault ha analizado de esta manera, la reconquista liberal de la sociedad. En otro momento me detuve sobre las simetrías entre el uso que Foucault establece de la gubernamentalidad par individualizar el momento de la bifurcación entre soberanía y gobierno como dos matrices conjuntamente separadas para gestionar el mando y la obediencia entre gobernantes y gobernados, y la práctica discursiva corriente de la noción de *governance* en voga en las formaciones soberanas contemporáneas en déficit de legítima soberanía, en busca de un marco imposible: gobernar sin legitimidad democrática aún sin recurrir a la violencia estatal como instrumento exclusivo de

sujeción, para reservarlo como capital de reserva.¹² Finalidad imposible ya que, paralelamente al uso del capital en los antiguos circuitos financieros como eje predominante de valorización capitalista, conduce a todo el sistema a un estado endémico de crisis permanente, así la violencia estadual declina las estrategias de poder no solo en ocasiones excepcionales, sino que llevando al estado de excepción a una cotidianidad muy tensa. Los ejemplos no faltan: del tratamiento de la condición migrante a la administración de la protección civil hasta hace muy poco...imposible, por otra parte, porque la técnica gubernamental no gobierna en sentido político del término, sino que gestiona, secuencializa, reparte, distribuye, selecciona, o sea tecnifica según funciones pretendidamente neutras, funcionales, eficientes (que no significa obviamente, eficaces, sino todo lo contrario) de las prácticas que surgieron y expulsaron de sí cada pregunta trascendental en términos de justicia, de equidad, de deliberaciones legítimas, que se vinculan de manera coherente y universal. Mejor, el sordo sonido de la batalla alrededor de estas cuestiones es silenciado, o de todos modos, ese es el intento de fondo que resulta imposible, a fin de delinear un sistema que disimula la jerarquía que se imprime detrás de la apariencia de una acefalia sistémica y reticular, en cuyos nudos relacionales, fuerzas acumuladas y disponibles y actores en juego se disponen dentro de un entramado horizontal e igualitario, en base al mito de la sociedad de redes de la web.

En esta sede, resumiendo, pretendo llamar la atención sobre una matriz de efectos políticos que surgen de las racionalidades de gobierno entendidas de manera foucaultiana, o sea la producción política de una sociedad de mercado en la que la técnica administrativa, lejos de abolir la jerarquía dominante como ingenuamente pensaban ingenuamente al unísono Marx y Bakunin en el siglo XIX, asume la cifra crucial del sometimiento “voluntario” de hoy.¹³ Hablar de sociedad de mercado, en vez de estado de derecho, significa literalmente asignar el primado vectorial a la fuerza que une la unidad estadual a la privatización del espacio público, a su captura por parte de formaciones soberanas exentas de cargos de legitimidad porque pertenecen a un orden simbólico ya no político, pero sí obscenamente económico, y por la precisión, según Badiou, capital-parlamentaria,¹⁴ especificando que el capital hegemónico es hoy el financiero y no el industrial. En el gobierno del *oikos*, como es conocido, no hay lugar para la dimensión colectiva del poder, y la política del *oikos*, como es también conocido, está a disposición del sujeto privado. La anomia de la esfera pública es su norma soberana.

La gobernabilidad como técnica racional de gobierno liberal (y Foucault no me parece que opere una distinción entre liberalismo y neoliberalismo a tal propósito) procede por re(con)ducción a inmanencia de la política de los propios procesos que dejan fuera de escena las instancias representativas sometiéndolos con cernidor a través del cual se dirimen las elecciones políticas por el único criterio de la funcionalidad y la eficiencia utilitaria, imitada sobre el modelo del provecho, más que sobre criterios de legalidad o de buen orden. La inversión biopolítica signa la capacidad fundamental de captar *omnes et singulatim* los cuerpos en el entramado viscoso gubernamental de la sociedad *uti singuli*, obligados a adquirir conocimiento de sí frente a una escena política en la que la integración puede resultar oprimiente o menos a costas de sacrificar la propia voz. La autorregulación deviene el mantra totémico al cual se subyace, uniformando las reglas de la política, una vez depurada del esfuerzo de la ilusión representativa típica de la condición democrática, a factores que compiten con sus tesis para sobreponer la forma-mercado,

¹² Permítanme reenviarles a Salvo Vaccaro, *Biopolitica e sovranità*, Mimesis, Milano, 2005 e *Governance e governo della vita*, in Aa. Vv., *Biopolitica, bioeconomia e processi di soggettivazione*, Quodlibet, Macerata, 2008.

¹³ Una primera aproximación en Salvo Vaccaro, *Genealogia del potere destituente. L'inattualità tenace di Etienne de La Boétie*, in Luciano Lanza (a cura di), *L'anarchismo oggi. Un pensiero necessario*, Mimesis/Libertaria, Milano, 2013, pp. 133-143.

¹⁴ Alain Badiou, *Metapolitica*, trad. it. Cronopio, Napoli, 2001, p. 12, 99.

sub specie viral- cifra del post-capitalismo financiero golpeada por ejemplo por la caída de los Buddenbrook en la célebre novela histórica de Thomas Mann- a las dinámicas sociales que se alimentan de múltiples procesos de variada orden. De esa manera la racionalidad gubernamental hace imposible gobernar la sociedad si no es rediciéndola a gestiones administradas y policíacas, liquidando (en el sentido literal de Bauman) cada exceso exterior del que se alimenta la política según como la hemos conocido hasta ahora. Afasia y apatía coinciden en la puesta a punto del simulacro participativo de la escena representada, en el conocimiento adquirido a lo largo del tiempo, por un lado, de que el poder se juega fuera de escena, en su obscenidad ya no más indecible por su excepcionalidad, si no decible por no ser excepcional, por otro que dentro del simulacro representativo se hace imposible incidir sobre alguna trayectoria de cambio, lo que signa justamente, el cumplimiento del pasaje de la democracia a la post-democracia, en la forma de la ingobernabilidad de las sociedades, como es visible a escala planetaria observando cualquier lugar ya sea virtual o real: del Cairo a Túnez, de Río a Estocolmo, de París a Madrid, y así sucesivamente.

Es un lugar común creer que la democracia política alimenta un diálogo constante, entendido por la individuación de un centro de gravedad donde los intereses plurales de los jugadores, ciudadanos y no, dentro de un recinto territorial de signo nacional, pueden confrontarse, medirse, contarse en públicos agónicos donde se disimula la batalla a muerte por la supremacía, allá donde banalmente se eligen élites en cargos de poder por períodos de tiempo prefijados y no muy largos, con la finalidad de conciliar en un cuadro unitario, instancias y voluntades pacíficamente convergentes en una cuestión temporal y por definición inestable, hasta la prueba contraria, lo cual a su vez activa el repartir del diálogo infinito alimentando así una pequeña trama indirectamente participativa en el interior de las instituciones, y directamente comprometedor y apasionante en la más amplia escena pública, mediatizada y no tanto.

La ficción normativa es cada vez más desmentida. Sería entonces demasiado fácil reírse de ella sarcásticamente observando las duras desmentidas de hecho, pero no es este el camino para tomar, según mi parecer. Ya la erosión consistente de las prerrogativas del estado-nación por parte de los procesos globales priva de legitimidad a las autoridades políticas que se reencuentran con poderes reducidos con respecto a los problemas a resolver que han sido delegados a propósito, incriminando el intercambio fiduciario entre gobernantes y gobernados. La pretendida reciprocidad del diálogo se infringe no solo en la chatura de la pantalla mediática en cuyo simulacro debería darse se fuese accesible hasta a los gobernantes, y no solo a las élites gobernantes. Sobre la vía de Frankfurt, primero para percibir cómo una sociedad administrada produce el efecto de liquidación de grupos e individuos del lado de los gobernantes, no atribuible exclusivamente a los regímenes totalitarios, Bauman persigue tal liquidación de los sujetos portadores de diálogo hasta dentro del régimen líquido de las democracias del pasado, en las cuales la confusión de los límites de separación que agitan a la sociedad del conflicto- a lo largo de la revocación de grupos fusionados de memoria sartreana- se revela en cambio una melaza indistinta, un blob resumiendo, en el que el conflicto se remite en lo que concierne a una parte del separarse del resto de los sin-parte para ejercitar una gubernamentalidad sin ninguna necesidad de anudar y alimentar una discusión permanente e infinita. Un tipo de secesión oligárquica.

En realidad aquel diálogo, quizá, nunca fue desarrollado, por la inducción a la afasia que la política de la democracia promueve no obstante sus enfáticas declaraciones.

Pretendo referirme, en primer lugar, a la afasia directamente instalada en el centro de la política moderna, incluso cuando el dispositivo representativo autoriza la ventriloquia como una ley general de legitimidad del ejercicio del poder político, pero en el interior de un cuadro epistémico en el cual

la política se juega, en última instancia, en su teatralidad visiva, que para nuestra cultura occidental significa además la primacía de la vista, de la idea platónica, sobre la voz. Que es de hecho del dispositivo de la representación si no una puesta en escena actoral, máscara priva de voz, autorizada por una trama de orden visual en la cual la autoridad política avanza de manera jerárquica según una vectorialidad vertical desde lo alto hacia lo bajo? Cómo no pensar en la representación política como juego mimético por la carga de veridicción demoníaca,¹⁵ dice Nancy, o sea de una verdadera autoridad fuera de escena que habla a través de la ventriloquia de otro, pero cuya voz “no es más que “una especie de vos.””¹⁶, justamente porque sale desde el vientre del demonio? Por siglos, el dispositivo representativo ha tratado de traer nuevamente a escena-el estado- aquella fuerza demoníaca, haciendo inmanente como ventrílocuo a la autoridad política substraída por la potencia de lo trascendente. Más que una subrogación de la teología política, como cree Schmitt, el dispositivo representativo refuerza con variada intensidad, con signo diferente pero con efectos duraderos, la afasia política en la que se condena al individuo, al grupo gobernado, los sin-parte en la acepción de Rancière. Tal condena proviene de un origen lejano, y aun hoy parece crucial “la cuestión fundamental, casi metafísica: saber qué es hablar en nombre de personas que no hablarían se no se hablara en su lugar”.¹⁷

Quien sostiene, como Habermas, la fundación de una democracia política entendida como búsqueda intensa de un diálogo continuo que tiene como finalidad un entendimiento comprendido en los carriles de los cálculos de compatibilidad racional de un sistema, bien sabe que cada acuerdo político se coloca en el lugar pre-político del lenguaje, como recuerda Wittgenstein: acuerdo en el lenguaje, o sea en el interior de una forma de vida sobre la que se da cotidianamente un grado de confianza, impalpable para cualquier barómetro o aparato de sondeo, pero que efectivamente existe como fuerza centrípeta de las inexorables líneas de fuga social.¹⁸ Es Deleuze de hecho quien nos presenta el conjunto de la sociedad como una superficie lisa, constantemente resbaladiza, sobre la que estirar los recortes de inmanencia que lo hacen posible. Según Wittgenstein, la regla resume la infinita conversación que se entrecruza en la libertad performativa de la narración de la sociedad, anclándose a dos condiciones, la primera en el monte, la segunda en el valle: por una parte, la radical ausencia de sentido, incluso político, de nuestra existencia compartida permite tanto “preservar rígidamente la ausencia de la *archia* puesta, depuesta, impuesta”, como “tomar en cuenta, todos y cada uno, algunas aperturas infinitas” de sentido y de vida organizada, para nada hipotecada por algún retro-mundo, como subraya Nancy.¹⁹ En otros

¹⁵ Jean-Luc Nancy, *Il ventriloquo* [1975], trad. it. Besa, Nardò, 2006, p. 73.

¹⁶ *Ibidem*, p. 58.

¹⁷ Pierre Bourdieu, *Proposta politica. Andare a sinistra oggi*, trad. it. Castelvecchi, Roma, 2005, p. 81. Nos es por acaso, pero por evocación a un curso de Foucault, que Roberto Mancini titula el III capítulo de su interesante *I guardiani della voce* (Carocci, Roma, 2002), *Governare, governarsi* (pp. 59-121), el lo cual traza la genealogía cristiana de la renuncia de la palabra frente al *verbum* di Dio través de las practicas canónicas del silencio del claustro, de la obediencia taciturna, a fin de contener el inquietante poder seductor de la palabra que proviene de la boca como prolongación del vientre, arriesgada frontera entre el espiritual y el (pp. 59 ss.), sino a la interpretación de los gestos usuales de la mano o del dedo colocado en los labios, no tanto como una invitación al silencio, cuanto como obstáculo al ingreso del diablo en el cuerpo por el orificio sensual de la boca (p. 127).

¹⁸ Ludwig Wittgenstein, *Ricerche filosofiche*, trad. it. Einaudi, Torino, 1967, §. 241: « [...] en el lenguaje los hombres concuerdan. Y esta no es una concordancia de opiniones, sino de la forma de vida.». Cfr. a tal propósito Stanley Cavell, *The Claim of Reason*, Oxford U.P., 1979 (trad. it. *La riscoperta dell'ordinario*, Carocci, Roma, 2001); Sandra Laugier, *Wittgenstein: politique du scepticisme*, “Cités”, n. 38, 2009, pp. 109-127, in specie p. 114.

¹⁹ Jean-Luc Nancy, *Verità della democrazia*, cit., pp. 63-64. «En ese sentido democracia vale anarquía» (p. 63). Cfr. también Jean-Luc Nancy, *Democrazia finita e infinita*, cit., pp. 99 ss., 105, 112 ss. Cfr. también Jacques Rancière, *Ai bordi del politico*, trad. it. Cronopio, Napoli, 2011: «la política no tiene *arche*. Ella es anárquica en sentido estricto» (p. 90).

términos, la falta de fundamentos de la gramática de la conversación misma consiente a la palabra desprenderse de vínculos de compatibilidad ligados a la tradición, a la memoria consolidada, a la autoridad constituida, para encontrar el propio límite de signo ético en el respeto a la palabra del otro, en la incondicionada apertura hospitalaria a la palabra misma, en la hospitalidad incondicionada de aquella corporeidad física dada por la boca, en el convocar denso de responsabilidades de la emisión de sonido y vocalidad evocada por Lévinas relativamente de cara al otro.

Por otro, la diversidad de colores de una conversación efectiva ofrecida por el criterio del disenso como una fuerza de la vocalidad inclusiva, según la cual cada palabra tiene derecho a afirmarse sin discriminación. La palabra disidente pone a prueba la afasia paradójica de una conversación desequilibrada, asimétrica, confinada en límites de compatibilidad según el más allá del cual la política estatal apaga la sonoridad significativa de lo que vienen relegado a un rumor sin sentido.²⁰ Es el límite crítico de la misma forma de vida enmendada por su pluralidad constitutiva. Contra esa, el escándalo de la democracia, el fantasma de la anarquía.

Esta burbuja envolvente, como la llama Sloterdijk, no resuelve, obviamente, ninguno de los problemas que pueden hallarse en la convivencia de un grupo social, sino delimitar el campo de la lógica utilizable, la que, incluso, no incide preventivamente en los procesos deliberativos de mérito alrededor de los problemas de la sociedad. En esto insiste la política, y se miden grupos e individuos. El cuadro teórico ofrecido por la filosofía política clásica y luego por la moderna, corre el lugar sobre un plano de total despolitización, privando de voces de grupos e individuos, reduciéndolos por lo tanto, a la afasia, bien entendido con instrumentos y a través de los más diversos caminos.

En sintonía convergente, Jacques Rancière²¹ e Adriana Cavarero²², han demostrado que la afasia a la cual se reduce el ser humano ya se ve en la raíz del pensamiento filosófico de Aristóteles y precisamente en el doble pliegue en el que ese está comprendido: el descarte con el que el animal se diferencia del hombre, ambos caracterizados por una sociabilidad natural (*zoon politikon*) pero este último se identifica por la dotación del logos que ata al humano a su propia especie, a diferencia del animal cuya voz es menos voz, mera emisión de sonidos, insignificantes, allá donde la *phoné* humana es siempre semántica, o sea palabra dotada de sentido. Justamente en tal pliegue, incluso, Rancière individualiza en el presupuesto lógico de la adjetivación una carga de significación de la cual el demos es constitutivamente privado a través de la instauración de un régimen de democracia viciado por una presión hostil y contraria que se impone en la despolitización vehiculada con la estrategia del logos que colma el abismo de una política infundada justamente en cuanto es privada de una determinación estando pluralmente abierta para cada evento sin garantía alguna de finalidad. El escándalo de la igualdad radical de todos y cada uno-contraria a la naturaleza cósmica que se proyecta en la mimesis del orden real a través el misterio de un dominio incomprensible, que no se puede aferrar, por lo tanto objetivado en lo humano-regresa en cuanto lo sagrado se mete en la cotidianidad política de la organización colectiva de la sociedad.

²⁰ «C'est ici et maintenant, chaque jour, que se règle mon consentement à ma société; je ne l'ai pas donné, en quelque sorte, une fois pour toutes. Non que mon consentement soit mesuré ou conditionnel: mais il est, constamment, en discussion, ou en *conversation*» (Albert Ogien, Sandra Laugier, *Pourquoi désobéir en démocratie?*, La Découverte, Paris, 2010, p. 28).

²¹ Jacques Rancière, *Il disaccordo*, trad. it. Meltemi, Roma, 2007, pp. 23 ss., 41 ss.

²² Adriana Cavarero, *A più voci*, Feltrinelli, Milano, 2003, pp. 9 ss., 41 ss.

La jerarquía política instituida por la autoridad no puede dejar de participar de una comprensión lingüística entre pares. “En la sociedad existe un orden porque algunos mandan y otros obedecen. Pero para obedecer un orden tienen que darse por lo menos tres requisitos: es necesario comprender el orden, y es necesario comprender que es necesario respetarlo. E, para hacer esto, es necesario ser igual a aquel que formula la orden. Es esta igualdad la que interrumpe todo orden natural”²³ “La evidencia desnuda de la anarquía sobre la que reposa toda jerarquía” - o sea la tensión entre la arbitrariedad del acto de palabra que no profundiza en ningún código lingüístico universal pre-existente o pre-determinado, y que por lo tanto hace iguales a los locutores en el esfuerzo de querer decir y querer hacer entender, y la arbitrariedad del lazo social que no obedece más que a una condición contingente de desigualdad a ser colmada políticamente- inaugura el campo de la política de la remoción a toda prisa tomando injusto el orden simulado de la sociedad.

En la misma dirección Cavarero individualiza desde su lugar en la significación del cual el *logos* reviste la *phoné* una disminución radical que cubre la voz femenina privada de sentido. Vocalidad y *phoné* se separan a la fuerza gracias al *logos* que se yergue como una forma gramatical universal masculina, alzándose jerárquicamente como la única razón plausible para volver digna la existencia humana, diferenciándola del reino animal. La desvocalización de la voz, su reducción afásica, “a favor de lo visto”,²⁴ no es solo efecto del rechazo de lo carnal del rostro, de la boca, de la lengua, de los pulmones con los que podemos expresar nuestros sentidos; no es solo efecto del potente proceso de abstracción del *logos*, de su sobrepasar la corporeidad carnal demasiado próxima al animal que está en nosotros, del cual distanciarnos justamente empujando en aquel recinto zoológico “aquellos seres hablantes sin cualidad que introducen el equívoco en el *logos*, y en su realización política, como analogía de las partes de la comunidad”.²⁵ Es además la matriz de cada jerarquización unilateral del movimiento del pensamiento que absorbe la relación constitutiva de la existencia singular plural del ser humano, como nos lo recuerda Hannah Arendt, para implantar la primacía *arquica* del Uno y de la Unidad, quebrando la multiplicidad cuya fuerza democrática (perdón por la redundancia) es sellada como demoníaca.

Además, también en esa dirección se explica la transposición conceptual de la boca no como soporte vocal, sino como función devoradora, matriz mítica y arquetípica en el pensamiento occidental de la adquisición violenta de soberanía, como bien nos dice Derrida, según el cual devorar y enunciar la afirmación de poder representan dos gestos, mejor dicho dos prácticas discursivas, inmediatamente próximas.²⁶

En ambas lecturas el Uno triunfa sobre lo Múltiple, la ontología deviene metafísica en su movimiento de formación y funcionamiento, redoblando lo real y jerarquizando la movida de la sustantivación que se coloca en un pretendido fundamento de todo el andamiaje de la región. El ser es, el negativo no puede darse se no como una figura pálida, sin sangre, que refuerza la afirmación de una ontología del éxtasis, por lo tanto violentamente conflictiva en un compromiso mortal con la apertura plural del que el espíritu del devenir señalaría una afirmación de tipo, de modo totalmente diferente, como no se cansa de repetir Deleuze, y del que la forma sin fundamentos de la política según Rancière testimoniaría el abismo original en el cual se hace posible pensar una democracia an-archica, por lo tanto plural, no esencial en cuyo interior el

²³ Jacques Rancière, *Il disaccordo*, cit., p. 37. Cfr. también Jacques Rancière, *Should Democracy Come? Ethics and Politics in Derrida*, in Pheng Cheah, Suzanne Guerlac (Eds.), *Derrida and the Time of the Political*, Duke U.P., Durham, 2009, pp. 274-288.

²⁴ Adriana Cavarero, *A più voci*, cit., p. 193.

²⁵ Jacques Rancière, *Il disaccordo*, cit., p. 42.

²⁶ Cfr. Jacques Derrida, *La bestia e il sovrano*, vol. I, trad. it. Jaca Book, Milano, 2009; Laura Odello, *Divorazione*, “aut aut”, n. 327, 2005, pp. 206-223.

negativo abriría al devenir incesante de las formas de vida, no ya destinadas a lo singular, y fluidas metamorfosis tanto de sus configuraciones a veces asumidas, formas justamente a modo de existencias que pueden perseguirse, justamente vidas.

Existe una observación de Michel Serres²⁷ muy indicativa de la torsión originaria que nuestra cultura metafísica greco-cristiana sobrepone a la lógica, al *logos* que vincula a la unidad partes plurales y múltiples que no se reportan al Uno si no en sentido de sumisión, de la subordinación jerárquica después de una lucha de varios pensamientos. En tal sentido es legible la larga cadena de despolitización que caracteriza a nuestra civilidad política desde el rastro aristotélico, mucho antes por lo tanto, de la vuelta antinaturalista de Hobbes y de la lectura teológica-política de la autonomía del político por parte de Carl Schmitt: la posibilidad de agregar pluralidad está comprendida solo a partir de su aniquilación bajo el Uno soberano, y de esta manera la clausura del espacio de lo múltiple que signa la despolitización, o sea la negación del colectivo plural para tener unido, conectado justamente, a toda costa. La opinable y controvertida distinción de Rancière entre política y policía, entre la no fundamentación anárquica que ontológicamente restablece la multiplicidad a la vida digna de tal nombre y la sutura violenta que hace soberano el principio jerárquico de sumisión al Uno- hoy el Leviatán transformado en inmaterial en las semblanzas de un hipercapitalismo financiero que lleva hasta los extremos su lógica apolítica,²⁸ tiene al menos el mérito de evidenciar una configuración gubernamental del presente, en el cual la erosión impulsada del estado-nación territorial ha debilitado a tal punto la red de legitimidad que protegía de manera inmune la inconsistencia de toda justificación de la autoridad política, del poder político que se presenta ecónomo de violentica, como recuerda Luhmann, para ofrecernos el prospecto de un estado de vigilancia que combina la administración de la *governance* de la matriz policial del siglo XVIII con la táctica del novecientos de la búsqueda permanente y siempre pre-testeada del doble enemigo interno y externo para esforzarse en conectar en tensión centrípeta (y no centrífuga) lógica de gobierno e ingobernabilidad de la sociedad, dada la usura de las categorías y de las prácticas de una época en vías de construcción.

En tal sentido, el vocalismo anárquico se proyecta no más como un horizonte utópico hacia el cual navegar entre los falsos bucles que recapturan el *nomos* de la vida dentro de un espacio adjunto a lo estatal, por un lado, y los trazos de la anomia en el cual se empantana cada posibilidad de expresar la multiplicidad de las voces presentes e inminentes; así como una falla de lo existente que aparece posteriormente, un pliegue para desplegar en extenso y profundidad, un descarte descifrable respecto a un contexto para nada concluido, además por muchos lados tambaleante e sobre la vía de una dramática implosión. Entre los intersticios de las anchas mallas de las prácticas de *governance* se anidan singularidades salvajes, para decir como Abensour,²⁹ cuyas pulsiones no se dejan bloquear inmediatamente, fijar, delimitar en cuerpos a ser sujetados biopolíticamente. Desviar las concatenaciones en acto designa una oportunidad que in general se abre en uno de los tantos nudos de bifurcación o además, de multibifurcaciones delante a los cuales la vida se ofrece. Una concatenación excéntrica, excedente y tangencial respecto al curso de las cosas y del tiempo que podrá declinarse, bajo el sentido múltiple de las singularidades, a través de un *quadrillage* señalado en síntesis extrema por las operaciones aritméticas elementales: adición, substracción, multiplicación, división.

División del poder: acentuación, por lo tanto, de la dinámica de fragmentación de los efectos de la gobernabilidad contemporánea, que no se pre-ocupe de la ocupación, contextual o sucesiva, del

²⁷ Michel Serres, *Tempo di crisi*, trad. it. Bollati Boringhieri, Torino, 2010, p. 23.

²⁸ Cfr. Jacques Rancière, *Ai bordi del politico*, cit., p. 199.

²⁹ Miguel Abensour, *La democrazia contro lo stato*, trad. it. Cronopio, Napoli, 2008.

vacío abismal que la ausencia de poder evoca, por la simple razón de que el abismo se alcanza precipitando a lo largo de la búsqueda del dominio biopolítico.

Substracción al Uno como primacía del sujeto y de la Unidad política de la entidad estatal: una hendíadis perenne del dominio que seduce a través una trampa ilusoria, y por esto etimológicamente viscosa, de la integración y de la participación y de su respectivo contrapunto, de la marginalización violenta y rebuscada en dirección autodestructiva.

Adición disyuntiva: co-operación entre nudos de resistencia y de fuga que tejen realidades en la frágil trama del tiempo-espacio perentoriamente alguna contingencia, movilidad rápida de desplazamiento que expulsa del lugar y precursor de las dinámicas en actos de gobierno de las cosas y de los cuerpos.

Multiplicación singular: no de las identidades transitorias que se constituyen moviendo alguna segmentación de los procesos que recomponen las autopercepciones corpóreas, así como las singularidades como los movimientos intensivos espacio-temporales proyectados constantemente a la búsqueda de deseos y placeres no jerarquizables en instituciones que codifican los sentidos en los órganos de soporte hegemónico.

Resumiendo, una zoopolítica por venir³⁰ que respecta a la insuprimible apertura a la libertad de un “ser singular plural”³¹ que rastree en la plena función anárquica de las potencialidades de nuestros sentidos animales-razón pública incluida- aquel diagrama movable que por milenios la humanidad ha capturado bajo la única constelación del dominio instruido sobre las identidades jerarquizadas del género, del sexo, de la palabra política, del cuerpo no domesticado, de la lengua nacional, del reconocimiento colorido, de la fe trascendente, de la obediencia educada, como si un fundamento de sustancia inamovible pudiera obliterar la nada que las subyace y el devenir que presenta la contingencia de nuestra existencia expuesta vulnerablemente a aquel nada predeterminado, y por lo tanto “todopotencial”, garantía de libertad.

Recibido en mayo de 2014.

Aprobado en septiembre de 2014.

³⁰ Permítanme remitirles a Salvo Vaccaro, *Biopolítica e zoopolítica*, in *La vita oltre la biopolítica*, a cura di Salvo Vaccaro in collaborazione con Andrea Cavazzini, “La rosa di Nessuno”, n. 6, Mimesis, Milano, 2012, pp. 11-22.

³¹ Cfr. Jean-Luc Nancy, *Essere singolare plurale*, trad. it. Einaudi, Torino, 2001.